AL SERVICIO DEL SEÑOR JESUCRISTO

Compilador:
José Jaime Sánchez Fonseca
Licenciado en Educación
Pastor/maestro
Calvary Chapel Tunja.

Parte V
REFLEXIONES GENERALES

1. 1 ENFERMEDAD

Casi a diario el servidor del Señor se enfrenta a este tipo de tribulación. Se debe actuar con presteza y simpatía. Un enfermo cae en la incertidumbre ante las posibles consecuencias de su enfermedad o dolencia.

En enfermedades de cierta complicación, una visita del pastor y los demás hermanos de la Congregación, puede contribuir a crear en torno al enfermo una atmósfera de santo optimismo. La visita no puede caer en extravagancias humorísticas impropias de la situación, pero tampoco debe aparecer como si anticipara un funeral. Un rostro, una actitud, una conversación que irradien serenidad y confianza ejercerán influencia saludable sobre el paciente.

Obviamente, no hay normas para lograr efectos positivos sobre los enfermos, pero es de vital importancia:

A. Necesidad de desvanecer errores. Muchos enfermos son atormentados pensando que sus dolencias son debidas a un pecado. En muchísimos casos puede ser verdad. Es cierto, como han podido comprobar los especialistas en medicina psicosomática, que el estado spiritual influye poderosamente en el organismo físico. Úlceras de estómago. Problemas gastrointestinales, vértigos, algunas formas de parálisis, de trastornos cardiacos o respiratorios pueden tener causas psíquicas o morales, tales como la frustración, el mido, la ansiedad, un resentimiento intenso, sentimientos de culpa, etc... Pero, afirmar, como hacen muchos, que toda enfermedad es consecuencia de algún pecado, es ir demasiado lejos. Esta era la teoría de los amigos de Job, que Dios mismo refutó.

Otro pensamiento que hoy turba a más de un cristiano, es que su dolencia se debe a su escasa fe. Obsesivamente se piensa que, una confianza plena en el poder de Dios indefectiblemente obra la curación. Esta inquietud muchas veces la hacen colectiva, creyentes en mayor o menor número, se reúnen para orar por el hermano doliente,

compartiendo la convicción la convicción de que bajo la acción de una fe "fuerte", "robusta", "positiva", "confesada", el milagro se operará con absoluta seguridad.

La decepción vivida en tal tipo de fe/oración, al quedar sin respuesta positiva, ha creado más de un serio problema de fe. ¿Hay alguna evidencia Escritural sobradamente sólida para abrigar una certidumbre incondicional respecto a la curación en todos los casos? Es necesario admitir que, del mismo modo que la ansiedad, el odio o el sentimiento de culpa influyen negativamente en la salud física; así la confianza plena en Dios facilita la curación de una enfermedad. Pero, no hasta el punto de que siempre haya de ser factor decisivo. Dios obra maravillas de sanidad; pero su soberanía está por encima de la fe y el querer de cualquier creyente.

Es necesario que un "absteneo" tenga tranquilidad de espíritu. A ello contribuirá el que pueda disipar todo error respecto a las posibles causas espirituales de su dolencia. Un solo ejemplo, el de Timoteo, nos ratifica que las enfermedades, incluso frecuentes, no siempre las podemos atribuir a pecados especiales por la conducta o falta de fe: *"como casi siempre estás enfermo del estómago, no bebas solo agua, sino también un poco de vino"* (1 Timoteo 5: 23).

B. Necesidad de fomentar la sumisión. Las Sagradas Escrituras son contundentes: "Sabemos que Dios va preparando todo para el bien de los que lo aman, es decir, de los que él ha llamado de acuerdo con su plan" (Romanos 8: 28). Dios es un padre amoroso, busca el bien de sus hijos y su providencia es eminentemente favorable; aún los cabellos de la cabeza de cada creyente están todos contados, es decir, nada que le suceda está oculto a Dios (Mateo 10: 30) u ocurrirá sin su consentimiento. Pero no siempre está en sus planes obrar hechos espectaculares. Muchas veces es su propósito mantener a sus siervos en estados de debilidad, de aparente derrota, que pueden acabar con la misma muerte; sin embargo, siempre se manifestará la gloria de poder: en unos casos, a través de la restauración, en otros dando fuerzas para sufrir, soportar o morir.

A la acción soberana de Dios, la fe debe responder con actitud de sumisión. Lo que Dios haga, aunque no nos parezca, siempre será lo mejor, y según sus propósitos, para cada uno de sus hijos. Jamás se puede pasar por alto que la fe tiene dos vertientes: Hebreos 11: 29- 35^{a} y Hebreros 11: 35^{b}- 38. Una, empapada de luz y éxitos, y la otra envuelta en sombras, dolor y muerte. Ambas, ¡igualmente gloriosas!

Así que, todo el que entienda esta verdad de Dios y se la apropie, descansará y no insistirá coactiva o excesivamente en sus peticiones de curación. Entonces orará diciendo como lo hizo su salvador: *"hágase, padre tu voluntad"* (Mateo 26: 42); *"Señor tú sabes lo que nosotros pensamos y sentimos. Por eso, te rogamos que..."* (Hechos 1: 24).

C. Oportunidad de reflexionar sobre la vida. La experiencia de muchos creyentes es que, cuando la enfermedad postra a una persona, esta se ocupa de muchas reflexiones. Es condición óptima para darse cuenta de sus personales limitaciones, de sus debilidades, de la facilidad con que puede ser arrancado de: su trabajo habitual, del círculo de amistades, de las diversiones, se su hogar y de su rutina. Puede comprender que sobre sus aspiraciones pende *"una espada de Damocles"*, asoma cada rato

la idea de la muerte, aparece todo en una nueva perspectiva y a la vez surgen muchos interrogantes: ¿han valido los desvelos y esfuerzos en pos de metas temporales? ¿Las ambiciones no han sido pura mezquindad, envidia o resentimientos? ¿Se ha otorgado a los valores espirituales la importancia qué es?

Sin caer en juicios condenatorios, el servidor de Dios puede ayudar en estas reflexiones; y si Dios sana al enfermo, estará en disposición de dar una nueva orientación a su vida en consonancia con el propósito del Señor Jesucristo.

D. Visita a los enfermos – absteneos. La duración se determina según el estado del paciente. Quien está enfermo, por lo general, no está en condiciones de sostener una conversación prolongada. El esfuerzo físico y mental puede perjudicar.

Salvo excepciones, que serán pocas, la lectura de textos escriturales y la oración no debe omitirse cuando se trata de visita a un creyente. En visitas a inconfesos, estar a disposición del Espíritu Santo; las circunstancias encaminarán la acción.

Probablemente, más de una vez, el silencio y la prudencia sobre la verdadera situación del paciente es lo recomendable. Algunas otras, un enfrentamiento con la realidad es lo aconsejable; el anuncio ha de hacerse con gran dosis de sabiduría y con todo el apoyo espiritual del al Palabra de Dios. El servidor de Dios, debe buscar dirección para obrar; infinidad de testimonios inspiradores no se habrían escrito jamás sí todos los creyentes hubieran muerto sin saber que morirían. Lo inconfesos tal vez morirían impenitente si no conocieran la realidad.

En pacientes con enfermedades infecciosas, no puede ser excusa; pero no puede olvidarse la responsabilidad con los demás sanos a quienes se podría contagiar. Ha de tomarse todas las medidas profilácticas señaladas por los profesionales de la salud.

1. 2 MUERTE

El fallecimiento de un consiervo, es uno de los acontecimientos que demandan la presencia del colaborador de Dios. El modo de actuar puede dejar huella imborrable. Habitualmente la muerte cae sobre las familias como un zarpazo atroz y desgarrador, que solo la sensibilidad, bondad y amor con que se acerque a ellos podrá ayudar.

Algunos cristianos han sido instruidos para minimizar el horror de la muerte. Creen que la esperanza en Cristo debe capacitar para reaccionar ante el fallecimiento del padre, la madre, el hijo, el hermano, etc., como lo haría ante la ausencia temporal por motivo de un viaje. Aquí se olvida que son las Sagradas Escrituras las que presentan a la muerte como la reina de los enemigos y espantos (Job 18: 14); que Jesús se conmovió y lloró ante la tumba de su amigo Lázaro; que los cristianos de Jerusalén hicieron "gran llanto" con motivo del apedreamiento de Esteban (Hechos 8: 2).

Sobre la muerte se escribe acertadamente: "es una pérdida irreparable"; y desde la perspectiva de la existencia en este mundo: "la destrucción de una larga relación, un sentimiento de vació interior, un colapso de planes, un marchitamiento de esperanzas... un horror, un horror para mitigar, una tragedia que perfora el corazón". En to-

dos los casos, aceptando el punto de vista Escritural, la muerte es una horrenda anormalidad, una perversión grotesca del orden creado por Dios, una rasgadura violenta, un aguijón (1 Corintio 15: 55).

Solo cuando se distingue la magnitud trágica de la muerte, de su sobresalto y de su parentesco funesto con el pecado, se está en condición de apreciar la excelencia de la gracia de Dios que en Jesucristo nos da el triunfo de la vida eterna gloriosa. No se trata con ello de minimizar la repulsión y el intenso dolor que causa la muerte, sino de magnificar a aquel que *"sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio,"* (2 Timoteo 1: 10) lo que para el creyente es fuente de inefable consolación.

Un funeral, es ocasión solemne y propicia para proclamar las verdades gloriosas del evangelio; aquella Palabra que dijo*: "Yo soy la resurrección y la vida; el cree en mí, aunque tenga que morir, vivirá"* (Juan 11: 25). Más no debe convertirse en un culto de evangelización normal: ha de presentarse consolación, reflexión, invitación al arrepentimiento. No olvidar al fallecido y los deudos. Es un acto mortuorio que afecta la estructura familiar, la actividad habitual, profesional, etc. Deja herida "mortal" en los que siguen sobre esta tierra.

1. 3 PROBLEMAS EN LA IGLESIA LOCAL

Las usanzas en este terreno suelen tener mucho de enojoso y deprimente. Generalmente revelan la gran dosis de carnalidad que subsiste en los miembros.

A. Apatía. a). Se manifiesta en la permanente resistencia a servir, a aceptar responsabilidades, falta de comunión fraternal e irregular asistencia a las diferentes reuniones y servicios.

Por más que la persona que se halla en esta situación insista en que sus relaciones con Dios son normales, en el fondo es un enfriamiento espiritual. Son rarísimas las excepciones de creyentes que, al margen de mantener comunión con sus hermanos, mantienen una vida espiritual activa e intensa. Y en estos casos excepcionales aún se produce una inconsecuencia, un autoengaño, pues nadie puede tener verdadera comunión con Dios sino la tiene con quienes como él, son hijos de un mismo padre (1 Juan 2: 9- 11; 3: 11- 18; 4: 7- 11; 4: 20- 21; 5: 1- 2).

Varias causan convergerían, entre otras: Pérdida del primer amor e indiferencia: por negligencia en el cultivo de la piedad personal, descuido de la lectura de la Escritura y la oración, de la adoración individual y congregacional, del servicio cristiano según los dones recibidos del Señor, de la comunión con los santos y cualquier otro medio de crecimiento espiritual:

b). Influencia del mundo: excesiva preocupación por las cosas temporales que impide fructificar espiritualmente como enseña la parábola del sembrador (Mateo 13: 22). El amor a las cosas de este mundo y al Padre eterno son incompatibles (1 Juan 2: 15). El triste ejemplo de Demas (2 Timoteo 4: 10) debiera ser un semáforo en rojo que cerrara el avance del llamado cristiano hacia la deslealtad; pero, el ex colaborador de Pablo siempre tiene imitadores.

c). Excesiva atención a las faltas ajenas: no pocos miembros se escandalizan al menor rumor de las faltas de otros creyentes. Se olvidan de lo bueno y casi exigen una perfección de la que ellos mismos están lejos. En muchos casos, evidentemente la conducta de algunos hermanos no tiene nada de edificante y son piedra de tropiezo. Cristo previó y subrayó las implicaciones de un comportamiento escandaloso (Mateo 18: 6- 9). Sin embargo, la alharaca surge por el desplazamiento de la fe; se mira a los consiervos más que a Jesús. Se confunde el Redentor perfecto con los redimidos que luchan con sus imperfecciones.

d). Decepciones en el trato recibido: no faltan quienes desean ser colmados de atenciones o exaltados. Todo el mundo debe saludarlos, alabarlos e interesarse en ellos. Piensan que todos deben reconocer su valía y llamarlos a ocupar los puestos de responsabilidad y presencia. Pero esos pensamientos no son cumplidos porque su actuación resulta poco atrayente, su servicio equivocado y sus dones no están para lo que apetecen y, cuando tratan de servir finalmente son problema y estorbo. En consecuencia viene el despecho carnal, el enfado y volver la espalada a la iglesia. Han perdido la visión Escritural de que el verdadero ensalzamiento viene de Dios (1 Pedro 5: 6).

e). Problemas no resueltos: pueden ser personales, familiares e incluso congregacionales; de índole psíquica, moral o social. Estos minan el vigor espiritual, crean sentimientos de culpa, conducen al retraimiento de toda actividad y a la inasistencia congregacional. La convivencia y la colaboración con los demás creyentes les producen sensación de hipocresía y se opta por el aislamiento y todos los peligros de defección total.

B. Discordias entre los miembros. En muchas ocasiones abundan más de lo que sería de esperar entre cristianos. Muchos consideran cualquier cosa como una ofensa y su reacción es una abierta animosidad y distanciamiento. Si proliferan, la iglesia está en graves dificultades para cumplir la misión que el Señor le ha encomendado. Las disensiones entre Evodia y Síntique (Filipenses 4: 2) son triste ilustración de este hecho.

Los factores más comunes son: **a).** Falta de madurez cristiana: La carnalidad a que Pablo se refiere en 1 Corintios 3: 1 (infantilismo espiritual) que no solo causó escisión de la iglesia, sino que llevó a litigios vergonzosos (1 Corintios 6: 1- 8). A menudo hay amplias áreas de carácter no santificado, que explican su conducta pero no la justifican, pues el evangelio no está destinado únicamente a transformar nuestras perspectivas eternas, han de cambiar nuestra vida en la tierra. Precisamente, en ese contexto de pleitos y disensiones Pablo dice: *"esto erais algunos; más ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios"* (1 Corintios 6: 11).

b). Amistades mal cimentadas: no siempre la amistad entre quienes se congregan es una amistad cristiana, basada en los principios y exigencias de la santa comunión. Muchas son resultado de afinidades humanas sin ningún ingrediente piadoso. Por eso, cuando se producen fricciones, a falta del aglutinante por excelencia – el amor

cristiano -, que cubre faltas y restaña heridas, fácilmente la amistad se trueca en enemistad.

c). Falta de delicadeza: con frecuencia se confunde la fraternidad cristiana con una familiaridad de mal gusto, chabacana e irrespetuosa. Ello produce distanciamiento. La fe y comunión cristiana se debe manifestar a través de un trato de amor respetuoso, decoroso y benigno (1 Corintios 13: 4- 8).

d). Falta de lealtad: La murmuración, la divulgación de intimidades, la ingratitud, el trato desconsiderado u ofensivo y acciones semejantes crean profundos resentimientos.

f). Roces temperamentales: hay personas que crean a su alrededor una atmósfera de concordia y, las hay que son causa de malestar y disensión. Conviene considerar los factores ajenos a la voluntad de la persona difícil que influyen en su conducta; pero la comprensión no elimina todos los problemas de relación con los hermanos. Tropiezo explosivo para turbar la paz de la iglesia.

g). Cuestiones económicas o laborales: muchas desavenencias se presentan por motivos pecuniarios. Préstamos dados y no devueltos sin causa justificada; desacuerdos serios en la gestión de una empresa; abusos en transacciones comerciales; una acción injusta por parte del patrono o el empleado; una traición a la amistad y misiones encomendadas. Esto puede cargar a la iglesia de disensiones. Recuérdese, siempre 1 Corintios 6: 1- 8.

Atiza el fogón el excesivo ego, que impide el reconocimiento y la confesión de los errores o faltas. Cuando se pretende vencer más que cumplir la voluntad de Dios, hay pocas posibilidades de que los problemas se resuelvan. Cualquiera de los implicados tiene el deber moral de aproximarse a la otra parte con el objeto de restablecer la buena relación (Mateo 5: 23- 24). Mateo 18: 15- 17es un texto valiosísimo por lo concreto de los pasos a dar: debe procederse al diálogo en privado, no airear el problema en presencia de terceros. Sí este primer contacto se efectúa en verdadero amor cristiano, es suficiente para resolver el problema. La humildad, el respeto a Dios y su amor derramado en los corazones suelen triunfar en las situaciones más enconadas. Sí la primera iniciativa llega a fracasar, entonces se planteará el problema ante testigos. Esta norma concuerda con Deuteronomio 17: 6 y 19: 15. Y sí aún fracasa, debe plantearse a la iglesia local, la cual decidirá en conformidad a las pautas disciplinarias que otorga el Señor en 18: 18.

Nunca es más grande un creyente que cuando se humilla, reconoce sus propias faltas, se sitúa en el lugar del ofensor para comprender y está dispuesto a perdonar por el amor de Cristo hacia nosotros y la fama de Dios. La petición del *"padre nuestro"* y la parábola de los deudores de *Mateo 18: 23- 35* obligan seriamente a perdonar. (Otros textos: Romanos 12: 17- 19; 1 Corintios 13: 4- 5; Gálatas 5: 13- 15; 6: 1- 2; Efesios 4: 26- 27, 31- 32; 5: 1- 2; Filipenses 2: 1- 5; Colosenses 3: 12- 14; 1 Pedro 5: 5- 7).

1. 4 GRUPOS

Estos son tan antiguos como la iglesia de Cristo. Se iniciaron con los judaizantes. No obstante, movimientos grandemente bendecidos y usados, tuvieron su origen en núcleos disidentes cuyo propósito era mantener la pureza doctrinal y moral de la iglesia en conformidad con el evangelio.

Los reformadores e iniciadores de iglesias sin denominación (libres) fueron considerados *"herejes perturbadores"* de la paz eclesial por los dignatarios religiosos de cada época. Por eso el servidor de Cristo no ha de perder de vista que la iglesia debe mantenerse "siempre en reforma" y de perseverar a la escucha que a través de la Palabra el Espíritu habla a las iglesias. En este caso las voces de oposición merecen ser atendidas. Cuando el motivo es diferente, amenazan el provecho, la armonía y prosperidad de la iglesia.

La historia eclesiástica enseña que nunca han faltado falsos maestros. Los apóstoles contendieron enérgicamente contra los judaizantes, racionalista, ascetas, palabreros promotores de disputas y contiendas (Hechos 15; la carta a los Gálatas; 1 Corintios 15: 12; 2 Timoteo 2: 17- 18; carta a Colosenses; 1 Juan; etc.

La laxitud de la influencia de las corrientes filosóficas e ideológicas arropadas, han contribuido a este mal. En consecuencia, todo factor debe ser tomado en consideración y a toda postura errónea o exagerada solo cabe la posición equilibrada de quien ha asimilado adecuadamente *"todo el consejo de Dios"*. En los puntos básicos, sobre los que descansa la integridad del evangelio, no caben concesiones de ningún género; como lo muestra Gálatas 1: 9 y 2 Juan 9-11 deben ser rechazados con santa energía y varonilmente. Si se trata de puntos no fundamentales, pero sí suficientemente claros desde el punto de vista Escritural, se deben de hacer conforme a la Escritura. En ningún caso se puede sacrificar la verdad en aras de conveniencias, o paz, o signo de paz. Algunos puntos, determinados puntos teológicos, son de postura tolerante y elástica; en ellos prevalece la libertad y el respeto mutuo.

Bibliografía. BULLINGER, E. W., LACUEVA, Francisco. Diccionario de Figuras de Dicción, Terrassa: clie. 1985. ESCUAIN, Santiago y HALEY, John W. Diccionario de dificultades y aparentes contradicciones bíblicas. Terrassa: clie. 1988. MARTÍNEZ, José M. Ministros de Jesucristo I, II. Barcelona: clie. 1977. Hermenéutica bíblica. Terrassa: clie 1984. PATE, Larry D. Misionología. Florida: Vida. 1987. Sagradas escrituras, versiones: Reina Valera, Dios Habla Hoy, Nueva Versión Internacional, Lenguaje Actual. SANDERS, J. Oswald. Liderazgo Espiritual. Michigan: portavoz. 1987. SWINDOLL, Charles R. Pásame otro ladrillo. Minneapolis: Betania 1980. Desafío a Servir. Miami: Betania. 1983.